

# Edipo y Castración en la Mujer

## Oedipus and castration in women

María Cristina Ortega Martínez<sup>1</sup>

Hugo Pedroza Falcón<sup>2</sup>

*Universidad Autónoma de Querétaro*

*México.*

### Resumen

Los resultados del proceso edípico en la mujer son diferentes a los del hombre, y es preciso entenderlo a partir de nociones tales como: el complejo de Edipo, el complejo de castración y la angustia que proviene de estas experiencias. Los autores abordan los elementos significantes que se entrelazan, interactúan y determinan las conclusiones diferentes en cada género. Y en donde se muestra que a pesar de que hay similitudes en la dinámica que producen los procesos, provocan un aglutinamiento y solidificación diferente en cada caso.

Ambos, hombre y mujer están en búsqueda del objeto negado tras la batalla edípica, que dejará huellas psíquicas permanentes en el sujeto y que determinarán su accionar futuro como miembro de una diada y que, al relacionarse con su semejantes, abrirán nuevamente dichas huellas, pues es con esas marcas psíquicas con las que se produce el punto de encuentro humano.

Por eso es importante reflexionar sobre el proceso y las consecuencias del Edipo, que imprimirán la diferencia de los géneros, previniendo que, al no emerger de experiencias de opuestos, sino de caminos parecidos pero diferentes, la complementariedad en las relaciones de pareja se torna imposible, más no las múltiples posibilidades de relación. Lo cual aclararía por qué no

---

<sup>1</sup> Doctora en Psicología y Educación por la Universidad Autónoma de Querétaro.  
Correo de contacto: [crisa\\_ortega@hotmail.com](mailto:crisa_ortega@hotmail.com)

<sup>2</sup> Doctor en Psicología y Educación por la Universidad Autónoma de Querétaro.  
Correo de contacto: [hugopedrozafalcon@hotmail.com](mailto:hugopedrozafalcon@hotmail.com)



siempre se vive de manera grata la vida amorosa. Sin dejar de lado la singularidad del caso.

En el proceso edípico el hombre teme y huye de la castración, en cambio la mujer la asume, la vive e intenta compensarla, inmersos ambos en la angustia.

**Palabras clave:** complejo de Edipo, complejo de castración, ansiedad, objeto sexual, pareja.

### **Abstract**

The main goal of this article is to show the reader the differences between women and men in oedipal process. Using the psychoanalytic theory as the frame and several of its notions such as Oedipal Complex, Castration Complex and Anxiety, this work explains how women process sociocultural prohibitions and pressures differently than men. Differences which have consequences in interaction patterns between sexual genders as a result of internal conflicts. Men and Women search for the lost object after they struggle in the oedipal process, a complex battlefield which imprints all individuals, makethem scarsand determines their actions as a potential partner in a couple. Men will be afraid and run from the Castration Complex meanwhile women will assume it, live with it and try to compensate it.

**Key Words:** Oedipal complex, castration complex, anxiety, sexual object, couple, postmodernism

### **Introducción**

Al abordar el tema del complejo de Edipo como un fenómeno dado en la etapa fálica del desarrollo psicosexual, Freud introduce el tema de la castración, manejado como otro complejo o como la amenaza que provoca que se intente resolver el primero. Durante el desarrollo de su pensamiento acerca de estos sucesos, Freud se cuestionó si en la niña sucedía lo mismo: ¿es que la castración puede ser vivenciada igual en la niña que en el niño?, ¿en qué radica la diferencia de la disolución del complejo de Edipo?

Queda claro como el Complejo de Edipo muestra una comparación muy completa entre lo que es la vida amorosa del adulto con la de niño, puesto que son los mismos recorridos. De hecho, la vida adulta es la constante reedición, repetición de la posibilidad de satisfacer el deseo mediante el objeto más apropiado y menos amenazante, que proporcione la seguridad de satisfacción de la meta.

El asunto se complica, como se decía anteriormente, tratándose de averiguar las diferencias entre los sexos, pues aunque exista la elección de objeto homosexual, se hable de una bisexualidad innata, lo cierto es que para Freud la resolución del complejo de Edipo se refleja en la elección objetual heterosexual como la más apropiada, la “natural”, sin embargo él mismo sostiene que no es así. Durante la vida de un individuo las desviaciones y/o perversiones son parte innata de la consecución del “esfuerzo de la pulsión”. Más aún nos advierte de que “la pulsión gusta de superar los obstáculos”.

¿Cómo se consigue esto? ¿Es realmente el camino lógico, el más sencillo? Y para continuar con las diferencias, ¿para quién resulta más complicada la salida del complejo de Edipo?

Esta y otras cuestiones que sin duda surgirán, como la angustia, el temor a la castración, etc., se abordarán este ensayo.

## Introducción

### *LA DESTERRADA*

*Cuando me dividiste de ti, cuando me diste*

*El país de mi cuerpo y me alejaste*

*Del jardín de tus manos,*

*Yo tuve, en prenda tuya, las palabras,*

*Temblorosos espejos donde a veces*

*Sorprendo tus señales.*

*Sólo tengo palabras, solo tengo*

*mi voz infiel para buscarte.*

*Esto tengo y no más. Una manera*

*De zarpar por instantes de mi carne*

*Del límite del nombre que me diste,*

*Del ser y el tiempo en que me confinaste.*

*Has querido dejarme un torpe vuelo,*

*La raíz de mis alas anteriores*

*Y este nublado espejo, teatro apenas*

*De la memoria que me arrebataste.*

*(Margarita Michelena, 1917)*

Uno de los objetivos de Freud al hablar del complejo de Edipo y del complejo de castración es el de explicar cómo el sujeto desde la infancia tiene una vida semejante a la de la adultez, eligiendo objetos amorosos, renunciando, acercándose, etc. En el sujeto, el Complejo de Edipo sigue rigiendo eternamente su existencia y su relación con el mundo, independientemente de cómo se intenta resolver.

La diferencia entre el infante y el adulto, como él mismo señala, es que en el primero solo existe el pene, es decir “no hay un primado genital, sino un primado del falo” (Freud, 1923/1998 pág. 146) hecho que favorece la amenaza de castración, desarrollándose todos estos fenómenos como la introducción al mundo simbólico.

El Complejo de Edipo permite que el niño asuma la falta como significante, como el ordenador, como introducción al mundo simbólico. El Falo como representante de la falta, “se trata en suma de que se enfrente al orden que hace de la función del padre la clave del drama” (Lacan, 1957). Más adelante se abundará en este tema.

A partir de la primacía del falo, el sujeto organiza al mundo en dos: lo que es activo y lo que es pasivo; es decir, entre los objetos o seres con pene y los que no lo tienen, sin identificar hasta la pubertad, entre lo masculino y lo femenino.

En el artículo de *El problema económico del masoquismo*, Freud (1924/1998) sostiene que el Complejo de Edipo se supera cuando se logran desviar las metas sexuales, generando después la instancia psíquica conocida como superyó por la introyección de los objetos amorosos y la prohibición, conservando en el superyó solo la parte que castiga. La severidad superyoica es como la reanimación constante del Complejo de Edipo. En otras palabras, se diría que tal severidad en caso de considerarse sólo como la tendencia al castigo, sería la vuelta del complejo de castración o de la amenaza de castración.

Repasemos los hechos desde el principio, desde la relación pre-edípica Freudiana. El niño (del sexo que sea) se encuentra en una relación estrecha con la madre, por la satisfacción que ésta le provee en cuanto a alimentos, cuidados, etc. Siguiendo a Lacan, se coloca como el objeto de la madre, o bien como un señuelo, en tanto que lo que quiere ser, es también el objeto de amor de ella, tratando de representar lo que ella busca, aunque eso sea el Falo. Se conforma así una especie de relación exclusiva e intensa, relación especular. ¿Qué es lo que transforma esta condición?

Varias situaciones. En primer lugar, observar que el deseo de la madre va más allá del niño, es decir, darse cuenta de que no es suficiente, de que no es el Falo. De que la madre, su objeto, es presencia y ausencia. Al mismo tiempo que él no lo es todo para ella, tampoco ella puede ser todo para él. En segundo lugar, que toda relación absolutizante provoca reacción de hostilidad, condición necesaria para el afianzamiento narcisista del Yo. Como ante el espejo se hace la elección *o yo o el otro*. De ahí que se reaccione con cierta agresividad, con tal de conservarse a sí mismo, esto podría verse como efecto de la construcción del Yo; agresividad que puede ser proyectada en el temor a ser devorado.

Hasta este momento podemos decir que vemos la frustración ante el objeto que deja de serle completamente satisfactorio. Se presenta una separación, que sin embargo, no es la primera, pues ya antes sufrió la del nacimiento, el destete y la deposición. Por otra parte, sería suficiente con esta insatisfacción para que la libido se dirigiera a buscar otro objeto o hacia sí mismo.

No sucede esto, porque este amor en combinación con el odio, es decir esta ambivalencia, no es razón suficiente para separarse del todo. Lo que sucede posteriormente es que presente o no su objeto, el niño se inicia en la masturbación, hecho que le acarrea reprimendas, ante las que puede desistir de sus pulsiones para conservar el amor.

Sintetizando los párrafos anteriores, se da una separación de la ligazón madre-hijo, por la insatisfacción, las experiencias antagónicas, la ambivalencia y por las reprimendas, incluyendo también las exigencias de la educación o las demandas sociales. Hasta aquí podríamos decir que no hay diferencia evidente entre los sexos.

Cabe mencionar que las reprimendas por la masturbación suelen provenir de una mujer, sea o no la madre, aunque se prometa la ejecución por un hombre o figura de autoridad, sea o no el padre. Estas reprimendas, amenazas, tienen que ver con la función materna, por eso lo puede hacer quien sea, no sólo la madre, mientras que la ejecución corresponde a la función paterna. Se puede pensar incluso que no necesariamente la función

materna la realiza una mujer y la paterna un hombre, pero para Freud solía ser así. Para Lacan, tanto el deseo como la amenaza de devoración y la de castración provienen de la madre como función. Es ella quien introduce al Otro. Es quien deja su deseo para dar lugar a la ley, a la metáfora paterna. En lugar de deseo habrá prohibición.

Freud es claro en exponer que la simple amenaza no es lo que simboliza la castración en el niño. Por supuesto tal amenaza tendrá sentido una vez que se le ha dado primacía al pene; de tal manera que el niño cree en la posibilidad de la castración por la observación de la diferencia anatómica de los sexos.

Así que, la castración masculina se entiende como castigo, mientras que la femenina como premisa. “La niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación” (Freud, 1924/1998, pág. 186) Pues para el niño, observar una niña sin pene, es presenciar el resultado de la masturbación o de la pulsión dirigida hacia la madre, por lo que a manera de protección, por narcisismo, desiste de sus metas.

Con respecto de lo que sucede en el varón; ante la amenaza y evidencia de que pueda no solo estar en privación y frustración por sus deseos, sino castrado por una ley que prohíbe el goce incestuoso, tramita sus pulsiones, conservando las amorosas hacia la madre y las hostiles hacia el padre (facilitado por la ambivalencia) Se trata de un amor desprovisto de lo sexual. La elección de objeto se transforma en identificación y es así como introyecta la prohibición, la ley, asegurándose así de que no se retorne a la misma elección objetal.

Pero introyectar la ley, es decir la identificación, supone una suerte de asesinato del objeto que se absorbe. Es así como se repite el crimen totémico o imaginario. Se mata al padre que pudo matar, recordando siempre la culpa que salva. Culpa, ley, que cumplen con sembrar y alimentar para siempre la angustia de la castración, para evitar así el incesto. Este es el superyó heredado por el Complejo de Edipo.

Y aunque este proceso se hace antes del establecimiento propiamente del superyó, (pues este es un resultado) es ya una represión, pero no de la misma naturaleza, es algo más contundente para Freud (1924/1998), por lo que afirma: “si el yo no ha logrado efectivamente mucho más que una represión del complejo, este subsistirá inconsciente en el ello y más tarde exteriorizará su efecto patógeno” (pág. 186). Esto sucede en el niño, hablando de su complejo de Edipo sin remitirnos a lo que pudiera ser calificado como negativo o positivo.

El decir que en la niña, la castración es una premisa, no implicaría por lo tanto angustia o un fuerte temor, puesto que ante lo perdido *per se*, no hay mucho que hacer, quizás buscaría su restauración, pero no es lo mismo que temer por la posibilidad de su desaparición.

Sin embargo esto no significaría ausencia de angustia en la niña, sino otra manera de vivenciarla, referida más bien a que a partir de su fuerte ligazón con la madre, y tomarla como objeto de amor-odio, se despierta la angustia por ser devorada, ¿podría ser esto algo semejante a la amenaza de castración?

Si nos remitimos a que la niña pasa también por la fuerte ligazón con la madre, es decir, tomándola como objeto, se da una identificación de doble partida antes y después de la superación del complejo de Edipo.

Hablamos de la castración como si fuera eliminar una parte del cuerpo, pero no hay que olvidar que esa parte del cuerpo es la que al simbolizarse ordena al mundo, ordena las ideas, ordena las relaciones, por tanto, quitar o cortar esa parte, significa cortar o quitar la existencia del ser, es desunificar, ¿no es entonces el temor a ser devorado, un símil del temor a la castración? Temor y angustia de aniquilación o de desaparición.

Naturalmente este temor a ser devorado, la angustia que genera la proyección de la propia hostilidad experimentada hacia la madre, que se desearía devorar, como a cualquier objeto, que no alcanza a satisfacer. Ante la insatisfacción, sobreviene la hostilidad o agresión y como consecuencia la culpa que se convierte en temor a ser castigado, a ser devorado o a ser castrado. Podría ser esto como un indicio de la misma angustia. Tal vez en la niña se puede vivenciar más fuertemente esta angustia al ser tan parecida a quien la puede devorar, que casi siempre es una mujer, realizando la función materna.

Freud (1931/1998) se adentra en el fenómeno de la mujer afirmando que “llega a la situación ‘edípica’ normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo” (pág. 228), lo que indica es la relación exclusiva, o como Freud lo nombra la ligazón-madre. Por tanto su primera elección objetal es homosexual y luego se va hacia la heterosexual.

En otras palabras, la bisexualidad de la que Freud habla en “*Tres ensayos para una teoría sexual*”, es más notoria en la mujer, puesto que tiene la evidencia en el cuerpo de los dos sexos, una vagina como falta de pene y el clítoris como posibilidad de pene. De ahí que pueda tanto elegir a cualquiera de las dos figuras parentales como objeto, siendo la madre primero por la relación natural, pero también puede tomar a ambos para identificarse.

Freud (1931/1998) argumenta que “el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él” (pág. 232)

La niña se aparta de la primera ligazón, por los mismos motivos mencionados anteriormente, es decir, por la insatisfacción, por las experiencias antagónicas, las demandas sociales y culturales, por las reprimendas ante la masturbación hechas por la madre, revelándose contra el prohibidor, pero además porque le reprocha no haberla dotado de un genital correcto. Es decir, que deja esta primera posición al observar la diferencia de los genitales. En cambio en el niño, también, al menos así lo dice Freud en *La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)*, existe en la primacía del falo, una cierta masculinidad.

Ante todo esto, la niña desliza el falo de lo imaginario a lo real, así que, “la niña encuentra el pene ahí donde está, más allá, en aquel que puede darle un hijo, o sea, en el padre” (Lacan, 1957). Freud habla del equivalente pene-hijo, por lo que la niña se queda con esa promesa de recuperación, lo que le podría facilitar la disminución del monto de angustia. Para Lacan lo que sucede es un atravesamiento por lo real, lo cual no tendría por qué ser poco angustiante. La niña ingresa al mundo por lo real que es la privación del pene, también vivencia la frustración y una vez que interpreta su privación del pene, desde lo simbólico, como el objeto que ordena (falo) entonces atraviesa la castración.

Visto desde otra posición, se podría pensar que el proceso edípico en la mujer lleva menos pasos que en el hombre, por la evidencia biológica que le provee el conocimiento de su cuerpo. Para ambos, mujer y hombre, el primer objeto es la madre y tal unión de no ser interceptada por algo más (metáfora paterna) se convertiría en una simbiosis, (resultando una psicosis). En el estadio del espejo, en el que el niño se da cuenta de la diferencia entre él y el otro, genera agresión, hostilidad, por la fuerte necesidad de la diferencia (por el narcisismo), que facilita la separación.

Es decir, la separación proviene también de la madre, del mismo deseo sofocante ante el cual el niño (a) reacciona con hostilidad, pues le conveniría apropiarse por completo de la madre, pero ante la imposibilidad de que esto suceda, se genera la hostilidad y luego la culpa por la misma y la consiguiente proyección, temiendo la castración. La madre para no reincorporar a su hijo y sostener su falta –como sujeto deseante– y por la hostilidad que también dirige a él, se separa, introduce otro, al Padre. Hay que recordar que la relación especular de la madre con el hijo, de acuerdo a Lacan, genera la hostilidad en ambas direcciones, puesto que se juega la propia identidad de ambos. La amenaza de castración es también para la madre.

Se sabe que por resultado de todo este proceso se genera el superyó por identificación de los padres. Requiere menos pasos, hablando por economía psíquica que la identificación sea del objeto primario, es decir, para poder cambiar la meta sexual, se convierte en amor, o en identificación de alguno de sus rasgos. Se dice que es de la severidad paterna, para absorber la prohibición al incesto, pero como se ha dicho, requiere menos pasos la identificación con la madre. ¿No es ella la que provee la amenaza de castración aunque culpe a otro de la ejecución?

Suponiendo que la identificación fuera con el objeto primario, es decir, la madre. ¿No resulta más penoso cambiar en el varón tal identificación hacia el padre en vez de tomarlo como objeto, tal como lo es para su madre?

Si todo sucediera así, es más lógico pensar que la niña una vez identificándose con su madre, para abandonar sus metas sexuales hacia ella, también se apropie de la dirección del deseo de su madre, hacia un hombre, hacia el padre. Tal vez con la implicación de que al descubrir su castración o la falta de pene, busque alguien que se lo pueda proporcionar, cayendo en la pasividad o feminidad de la recepción del pene, ya sea por la promesa del hijo o la búsqueda en la relación de pareja en la adultez.

En cambio, en el varón, salir de la identificación con la madre resultaría más complicado, hasta darse cuenta de la diferencia de sexos y por el primado del falo, mover su identificación hacia aquel que cree lo tiene, al menos lo aparenta y al mismo tiempo identificarse con su deseo por una mujer.

Quizás la mujer no padezca la amenaza de que se le arrebate lo más valioso, pero si puede sufrir la pena de que nunca lo tendrá o recuperará; ese sufrimiento deviene de la dificultad de aceptar la propia falta, porque aunque un hijo remplace el pene simbólicamente o en la promesa, lo cierto es que no lo será, porque seguirá existiendo la ley de la no reincorporación del producto y así el hijo no es de ninguna manera un objeto que pueda ser totalmente aprehendido, volviendo a la insatisfacción y a irremediablemente continuar en la cadena del deseo.

## Referencias

1. Freud, S. (1923/1998). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. *Obras Completas*. (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu editores.
2. Freud, S. (1924/1998). El problema económico del masoquismo. *Obras Completas*. (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu editores.

3. Freud, S. (1924/1998). El sepultamiento del complejo de Edipo. *Obras Completas*. (Vol. XIX). Buenos Aires: Amorrortu editores.
4. Freud, S. (1931/1998). Sobre la sexualidad femenina. *Obras Completas*. (Vol. XXI). Buenos Aires: Amorrortu editores.
5. Lacan, J. (1957). *Seminario 4. Las relaciones de objeto [Clases 12 y 13]*. Versión CD-ROM.
6. Paz, O., Chumacero, A., Pacheco, J.E. y Aridjis, H. (2000). *Poesía en Movimiento (México 1915-1966)*. México: Siglo veintiuno editores.

Recibido: 30 de enero de 2013

Aceptado: 11 de abril de 2013